

Capítulo VIII

Ministerio de Relaciones Exteriores de México.

El 11 de febrero de 1974, por órdenes del Subsecretario, Encardado del Despacho de la Cancillería, Embajador José Gallástegui, la Lic. María Emilia Téllez, Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, me extendió el nombramiento de Segundo Secretario en la Embajada de México en San José, Costa Rica, mismo que entró en vigencia a partir del 1º de marzo de ese año. Era Subdirector General del Servicio Diplomático, Víctor Manuel Rodríguez. Deseo destacar un dato porque en esos años todo era aprendizaje para mí, la distinguida licenciada Téllez había ocupado el cargo de directora general de Organismos Internacionales (1964-1970), llegó a ser la primera mujer que ocupó en la SRE el más alto cargo administrativo, oficial mayor (1970-1976). También llegó a ocupar el puesto de subsecretaria de la SRE.



Intervino también en mi nombramiento, el embajador Carlos González Parrodi, antiguo embajador de México en el Reino Unido y quien desempeñaba el cargo de Director General de Asuntos Culturales de la Cancillería.

➤ Embajada de México en Costa Rica.



Arribé en el aeropuerto “Juan Santamaría” de la República de Costa Rica, el 12 de marzo de 1974, sin tener la menor idea de lo que iba a hacer. Este bello país de un poco más de tres millones de habitantes, me dio la impresión de un denso bosque tropical de clima cálido y húmedo. Entre la cordillera Central y la de Talamanca está ubicado el valle o meseta Central, donde se concentra el mayor número de habitantes. Ahí se encuentra la ciudad de San José, capital del país, con una población de trescientos mil habitantes.

De moderna arquitectura que se funde con los edificios coloniales.

Me presenté con el embajador mexicano Rogelio Martínez Aguilar, un economista estudioso.

El 1 de julio de 1974 tuve la oportunidad de recibir en el aeropuerto de San José de Costa Rica, al Presidente de México, como parte del Cuerpo Diplomático, acreditado en ese país. Mi sorpresa fue muy grande cuando vi que en la comitiva venía el Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, mi antiguo Jefe en la Universidad y distinguido amigo, el señor Licenciado Don Euquerio Guerrero López. Después de la recepción oficial y de los honores militares, acompañamos a toda la delegación a un hotel de la ciudad. Ahí tuve la oportunidad de platicar un rato con don Euquerio, me preguntó cómo había hecho para ingresar al Servicio

Exterior Mexicano y yo le hablé del Subsecretario Gallástegui y de su familia. Me felicitó y me dijo que me deseaba grandes éxitos en mi misión, que él estaba totalmente seguro de que iba a desempeñar un buen papel para representar dignamente a México.

El hermoso Teatro Nacional de Costa Rica



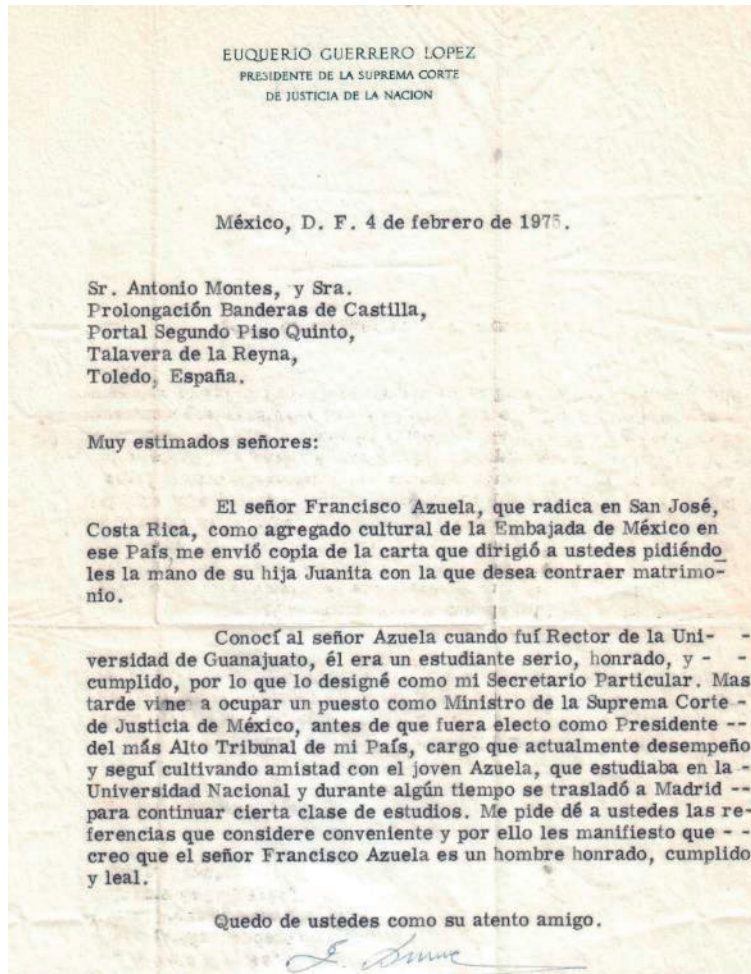
El Presidente y la Comitiva tenían un largo viaje por realizar rumbo a Sudamérica. Me despedí con tristeza de don Euquerio, con mis mayores deseos de que tuviera un viaje positivo y lleno de nuevas experiencias, yo sabía que al día siguiente sería recibido en el Palacio de Justicia de Costa Rica y que su agenda era muy apretada, pues en la noche de ese día el Presidente de ese

país les ofrecería una cena en el hermoso Teatro Nacional.

Con la visita del Presidente de México, se desarrolló un intenso programa de actividades culturales, que estaban a cargo del embajador Gonzalo Martínez Corbalá (10 de marzo de 1928-15 de octubre de 2017), con el que tuvimos que coordinar todos los eventos. Él era un político mexicano que había sido Senador, embajador y Gobernador de San Luis Potosí. Como embajador en Cuba le permitió establecer lazos de amistad con Fidel Castro, y en Chile le tocó vivir el golpe de estado contra Salvador Allende del 11 de septiembre de 1973, a manos de la Junta Militar comandada por Augusto Pinochet. En ese periodo, con autorización del Presidente de México, dio asilo a ciudadanos chilenos; entre ellos al poeta Pablo Neruda, quien se negó a dejar su patria pese a la insistencia del gobierno mexicano de salvaguardar su integridad, una vez consumado el golpe.

Poco tiempo después conocí en nuestra Embajada a una talentosa y bien parecida joven española de 24 años de edad, que viajaba por el mundo representando a una Empresa inglesa que vendía telas finas al cuerpo diplomático, era Juanita Montes Bermejo, de profesión, secretaria trilingüe, originaria de Cáceres, ciudad del oeste de España, capital de la provincia homónima, situada en la zona central de la antigua provincia romana de la Lusitania, en la comunidad autónoma de Extremadura, una población de la Edad Media y del Renacimiento. Ella había vivido 12 años en París en compañía de sus padres don Antonio Montes Herguijuela y doña Antonia Bermejo Casero y un par de años en Londres, donde vivía una de sus hermanas, casada con un inglés.

En el mes de enero de 1975 inicié mis trámites de matrimonio, solicité permiso a la Secretaría de Relaciones Exteriores para casarme, me dieron la autorización rápidamente. El 4 de febrero de ese mismo año, don Euquerio Guerrero López, Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, envió una carta de referencias sobre mi persona a los padres de la novia, que para esas fechas vivían en Talavera de la Reina, Toledo. El 19 de febrero de 1975 Juanita y yo nos casamos en la Gobernación de San José de Costa Rica, nuestros testigos fueron el Agregado Cultural de la Embajada de Francia, Jean Francois Maury y su esposa Salvadora María Luisa Gabón, ella de nacionalidad española y profesora de idiomas. La fiesta recepción fue en la residencia de la Embajada de México donde pasamos una hermosa velada con nuestros amigos invitados, el embajador mexicano Rogelio Martínez Aguilar y su señora esposa, una distinguida polaca.



Francisco Azuela, con su primera esposa, Juana Montes Bermejo, de nacionalidad española, acreditados en la Embajada de México en Costa Rica; el ilustre Dr. Guillermo Soberón Acevedo, Rector de la UNAM (1973-1981), la distinguida anfitriona Dra. Cortés; la esposa del Dr. Soberón, Maestra, Licenciada e investigadora Socorro Chávez de Soberón y el Lic. Diego Valadés Ríos, Abogado General de la UNAM, que años después fue Embajador y Ministro de la Suprema Corte.



Foto tomada en la casa de campo de la Dra. Cortés en Costa Rica. Ella estudió su carrera de medicina junto con el Dr. Soberón en México.

escultor y el pintor Sergio Carrasco.

A principios de 1975, tuve oportunidad de participar en compañía del Agregado Cultural de la Embajada de Francia, Jean Françoise Maury y de su esposa, en el homenaje que se le rindió al escultor mexicano-costarricense Francisco Zúñiga. También estuvieron presentes el propio



En el mes de junio de este mismo año, el pintor mexicano-boliviano Sergio Carrasco, presentó en la Sala "Jorge Debravo", ubicada en Cuesta de Moras, una exposición de cuatro series titulada "Confesiones de un vidente", que fue muy impresionante por la temática exhibida sobre *La desintegración del cosmos*, *Los espejos rotos*, *Suicidio de sombras* y *Asesinato de un artista ausente*. Estas obras fueron muy comentadas y mi amigo, el Agregado Cultural de la Embajada de Francia, Jean François Maury, escribió una crítica que se publicó en el periódico Excelsior el día 7 y que fue intensamente difundida. Ahí nació una gran amistad que mantuve con el pintor durante muchos años en los que realizó para mí una colección de dibujos sobre mi rostro y mi obra. Una muestra de dichos dibujos son los que se presentaron en la portada de mi primer libro *El Maldicionero*. Decía en su crítica Maury, "Es acongojante el mirar de los personajes. Son miradas acosadas, perseguidas, en que se traducen una acusación hacia el espectador que llega a sentirse culpable...Si Sergio Carrasco molesta es por ser una conciencia en marcha".

En agosto de 1975, hice un viaje a Europa para encontrarme con mi esposa que se encontraba en Londres pasando una temporada, en casa de su hermana. Viajamos juntos a París donde ella tenía varios hermanos. En esa hermosa ciudad tuve la oportunidad de visitar la tumba del gran poeta peruano César Vallejo (1892-1938), en el cementerio Monparnase. También ahí se encontraban las tumbas de Tristán Tzara (1896-1963) y Charles Baudelaire (1821-1867).



Tumba del poeta Charles Baudelaire



Tumba del poeta peruano César Vallejo

Curiosamente, y para mi sorpresa y mi desilusión, casi frente a la tumba deteriorada de Baudelaire, autor de *las Flores del Mal*, estaba la del dictador mexicano Porfirio Díaz.

Cuando llegamos a España, mi esposa Juanita y yo, procedentes de Londres y de París, ya estaba muy cerca el nacimiento de mi hijo, nos encontrábamos en Talavera de la Reina, una bella y tranquila provincia cerca de Toledo, en donde nos recibieron con mucho cariño sus padres don Antonio y doña Antonia Montes, que habían dejado Francia ya hacía algún tiempo.



Ella era una excelente cocinera, especialista en preparar deliciosos lechones y él un hombre de una calidad humana extraordinaria, yo sentía el cariño de los dos, padre Antonio me ofrecía todos los días, antes de la comida, una copa de Pernod, con agua y hielo, es un licor de anís relativamente fuerte o me ofrecía un vermut, que es un licor compuesto de vino blanco, ajeno y otras sustancias amargas. Al principio no me agradaban, pero no podía desairarlo.

También bajábamos a la primera planta del edificio para beber en el bar una “cañita” o un vino de la casa con abundantes tapas o bocadillos, lonjas de jamón serrano, conchas de mejillones a la vinagreta o en salsa picante con limón al gusto; otras veces hacíamos un recorrido por los bares de la población.

Azorín, uno de los más notables escritores dijo que “en España el sur fríe, el centro asa, y el norte guisa”, esta frase, muestra la enorme variedad gastronómica que tiene España. Padre Antonio era un hombre muy alto de estatura, de trato benévolo y amable, a sus años adultos seguía trabajando y su especialidad era la colocación de hermosos azulejos en baños y cocinas residenciales.

Dadas las tensas relaciones políticas y diplomáticas entre México y España, tuve que abandonar ese país y volví a París en tren.

Llegué a la casa de una de mis cuñadas, casada con un francés muy amable. Después me hospedé en un edificio de la 33 avenue Georges Mandel, en el distrito XVI de La plaza del Trocadero, a la vera del río Sena, muy cerca de la Torre Eiffel.



Pasaba los días compartiendo reuniones con muchos escritores y poetas, entre ellos el poeta peruano Carlos Henderson, que fue el que me llevó a presentar a una viejita de origen cubano que fue la que me alquiló una habitación en el último piso del edificio, que tenía solo una claraboya como ventana, una especie de lucernario que daba a la calle, un colchón y una almohada. Las comidas las hacía en un restaurante a donde llegaban muchos vascos de aspecto revolucionario, eran tipos interesantes.



Visitaba lugares de la ciudad como el Museo del Hombre (Musée de l'Homme) en la Plaza del Trocadero. El Arco del Triunfo en la Avenue des Champs-Élysées, donde se encuentra grabado el nombre de Francisco de Miranda, «*El Precursor de la Emancipación Americana*» contra el Imperio español. Conocido como «*El Primer Venezolano Universal*» y «*El Americano más Universal*», fue partícipe de la Independencia de los Estados Unidos, de la Revolución Francesa como Mariscal, Coronel del Ejército Ruso y, posteriormente, de la Independencia Hispanoamericana. La Plaza de la Concordia con su obelisco de Luxor, traído de Egipto. El Museo del Louvre con su Gioconda de Leonardo da Vinci, la Catedral gótica de Notre Dame. La Basílica del Sagrado Corazón (*Sacré-Cœur*) en la colina de Montmartre. Es un edificio blanco muy hermoso, parece hecho de marfil. El impresionante sarcófago de Napoleón Bonaparte, que se exhibe en el Palacio Nacional de los Inválidos y muchos otros lugares de interés.



La famosa cantante de ópera griega Maria Callas vivió sus últimos años a tres casas de la chambre que yo alquilaba. Después me enteré que la cantante y soprano más eminente del siglo XX, murió el 16 de septiembre de 1977 en su apartamento 36 avenue Georges Mandel, a la edad de 53 años.

El 26 de octubre de 1975, recibí un telegrama de Talavera de la Reina, donde mis suegros me anunciaban, con mucho cariño, el nacimiento de mi hijo Tristán, y a fines de noviembre, fui a Talavera de la Reina a recoger a mi familia para trasladarnos a la República de Costa Rica.



Tristán Azuela Montes-niño y adolescente



En el mes de julio de 1976, fui designado Jefe Adjunto de la Delegación Oficial Mexicana para participar en la Conferencia sobre “*Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe*”, organizada por la UNESCO y celebrada en San José, Costa Rica.

Ahí se aprobó el importante proyecto número 27 sobre “la creación de una Agencia Latinoamericana de Noticias”, cuya propuesta fue presentada, originalmente, por la República de Venezuela y que, lamentablemente, en la XIX Conferencia General de la UNESCO, celebrada en Nairobi para aprobar el presupuesto 1977-1978, se decidió dejarlo pendiente, hasta una nueva oportunidad, siendo que el Secretario General de la UNESCO Dr. Amadou Mahtar M’Bow, declaró que esta institución “*aceptaba un nuevo orden de la*

información en el mundo, agregando que las grandes agencias internacionales de noticias desatendían los problemas de los países en vías de desarrollo”.

En mis actividades como Agregado Cultural y Secretario de la Embajada de México, tuve la oportunidad y el privilegio de conocer a varias y distinguidas personalidades mexicanas, que en la ciudad de México, hubiera sido prácticamente imposible convivir con ellas. La Presidencia de la República envió a varias de estas personalidades para fortalecer más las relaciones culturales con Costa Rica.

Entre estos personajes, llegó el compositor y director de orquesta Carlos Chávez (1899-1978), quien dirigió un bello concierto en el Teatro Nacional. El maestro Chávez fue fundador de la Orquesta Sinfónica de México y director del Instituto Nacional de Bellas Artes. De sus seis sinfonías, la segunda, llamada *Sinfonía India*, que utiliza instrumentos de percusión yaqui, es quizás la más conocida. Sus restos descansan en la Rotonda de las Personas Ilustres en la ciudad de México.

También llegó a San José, el muy querido escritor Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno (de nombre artístico Juan Rulfo (1917-1986) Autor de *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Paramo* (1955) *el primero* compuesto de diecisiete pequeños relatos y publicado en 1953, y la novela *Pedro Páramo*, publicada en 1955.

Pocas veces había visto yo el Teatro Nacional de Costa Rica tan lleno de personas en un evento literario y cultural. Ofreció una conferencia magistral sobre la literatura rumana, con lamentables incidentes de sonido, ya que su voz era bastante apagada por más que le acercaran los micrófonos. Una vez que terminó su presentación, lo invitamos a cenar, el embajador de México en Costa Rica junto con su esposa, una rubia polaca y yo. Pasamos un par de horas muy agradables en su compañía y al día siguiente, me correspondió llevarlo al aeropuerto para despedirme de él. Recuerdo que fumaba cigarros delicados sin filtro y era más silencioso que conversador. Rulfo me dejó una impresión difícil de explicar, parecía que en su mirada se perdían todas las llanuras infértiles de Jalisco, era un ser humano, inmensamente humano.

Juan Rulfo fue uno de los grandes escritores latinoamericanos del siglo XX, en sus obras se presenta una combinación de realidad y fantasía, cuya acción se desarrolla en escenarios mexicanos, y sus personajes representan y reflejan el tipismo del lugar, con sus grandes problemáticas socio-culturales entrelazadas con el mundo fantástico. La obra de Rulfo, y sobre todo, Pedro Páramo, es el parteaguas de la literatura mexicana, marca el fin de la Novela revolucionaria, lo cual permitió las experimentaciones narrativas como es el caso de la Generación del Medio Siglo en México o los escritores pertenecientes al Boom Latinoamericano. Fue ganador del Premio Nacional de Literatura de México en 1970 y del Premio Príncipe de Asturias de España en 1983.

Otro personaje que me tocó recibir y atender fue al poeta, escritor, museólogo y político mexicano, originario de Tabasco, Carlos Pellicer Cámara (1897-1977), ya muy entrado en años, cerca de los 80. A él sí lo había conocido en la ciudad de México cuando era Presidente de la Comunidad Latinoamericana de Escritores, había firmado mi credencial como miembro de esa institución. Recibió en su vida muchos honores. Perteneció a la generación de intelectuales mexicanos que se conocían como *Los contemporáneos*, en 1976 fue senador de la República. Sus restos descansan en la Rotonda de las Personas Ilustres en la ciudad de México.

Otro de tantos personajes que llegaron a San José, era el chelista Carlos Prieto, que ofreció un concierto muy bello en el Teatro Nacional.

Desde que llegué a Costa Rica, en febrero de 1974, el embajador me recomendó que conociera al poeta, periodista y ensayista boliviano Carlos Franck Gamarra (1922-2008), exiliado político en el país y colaborador como periodista en la Presidencia de la República.



Foto: el poeta Carlos Franck y su hija Carola.

El poeta Franck me pareció un hombre de excelente trato, cordial, amistoso y de un gran talento. Había nacido en una pequeña población boliviana, Yanacachi, Sud Yungas, La Paz. Radicó durante 35 años en Costa Rica, donde fundó la revista literaria *Hipocampo* y dirigió varios suplementos culturales en diversas publicaciones, como *Arte y Literatura*. Su obra poética se compone de los libros "*Bella por el Cobalto*" y "*Nunca sé dónde voy pero siempre llego*". Escribió innumerables ensayos y artículos periodísticos.

Mi amistad con él fue muy provechosa no sólo a título personal, pues me ayudó a corregir uno de mis libros. También realizamos algunas actividades culturales, llevamos una gran exposición de pintores mexicanos por ferrocarril al Puerto de Limón, núcleo comercial y uno de los principales puertos del país en la costa del mar Caribe.

Llevábamos cuadros de pintores que ahora son muy famosos como Francisco Toledo. El poeta Franck era una persona muy propositiva y nos abrieron todos los espacios de radio y comunicación. La exposición resultó ser todo un éxito.

Me presentó en San José al poeta nicaraguense Carlos Martínez Rivas (1924-1998), cuya obra tenía un fuerte carácter literario, originalidad, sobriedad, consistencia y un preciso dominio del idioma. Su poesía puede compararse a los grandes poetas nicaragüenses como Rubén Darío y Salomón de la Selva. *Pasó solitario los últimos años de su vida por consagración personal.* En 1953

publicó en México su obra más importante, *"La insurrección solitaria"*. Martínez Rivas radicaba en San José desde 1971 y a principios de febrero de 1977 se trasladó de nuevo a Nicaragua donde falleció el 16 de junio de 1998 en el Hospital Bautista de Managua.

Un día del mes de marzo de 1975, el poeta Franck había sido enviado a una misión de la Empresa JAPDEVA (Junta de Administración Portuaria y de Desarrollo Económico de la Vertiente Atlántica) y me pidió que fuera al aeropuerto internacional, en compañía de su esposa Dafne, para recibir a sus jóvenes hijos que llegaban de Bolivia, lo que hice con mucho gusto. Ahí conocí a Bernardo y Carola, que sería mi esposa muchos años después.

Desde 1998 Carlos Franck radicó en Cochabamba y pasó una temporada en nuestra casa en la ciudad de La Paz. En el año 2000, la Revista Neruda Internacional de Francia, publicó su ensayo "Lo Clásico y lo Romántico" (un análisis comparativo de la poesía de VALLEJO y de NERUDA). En el mismo número de esta renombrada Revista, el escritor boliviano Edgar Ávila Echazú, publicó el ensayo titulado "Carlos Franck, poeta de la honda claridad". Recuerdo un fragmento de uno de sus poemas:

*"...Yo habitaré allí donde nacen los muros
sin puertas o las puertas con candados/ como si fuera el último hombre
o el ángel caído vertical y primero"*

En 1975, hice varias entradas y salidas de este país, especialmente a Nicaragua. Mis responsabilidades en Costa Rica se incrementaron enormemente por culpa de un nuevo embajador que llegó de México. Era un tipo excéntrico y extravagante con una preocupación constante y angustiada por su salud. Llegó a San José y se refugió en la Residencia de la Embajada donde se aisló de una manera alarmante, no contestaba el teléfono, salvo que cogiera el aparato con un pañuelo. Su secretaria privada era la que se comunicaba conmigo a la Cancillería para darme en su nombre varias instrucciones, los documentos se acumulaban junto con los asuntos pendientes que había que despachar y cuando le enviaba algunos oficios para su firma, ordenaba que los exhibieran primero en los jardines para que los rayos del sol eliminaran los microbios.

Pasaron varias semanas y un día me recibió en la Residencia en un ambiente extraño y misterioso, las cortinas de las ventanas estaban cerradas, había una luz muy tenue en la sala y un disco de luz ultravioleta giraba constantemente sobre una alfombra café y sombría. Se me vino a la mente cuando celebré ahí mismo mi boda y en el comedor compartí, con excelentes amigos, que había conocido. Después de una hora de espera, el embajador bajó las escaleras de la segunda planta y me saludó cordialmente, sin darme la mano, vestía un suéter negro cerrado hasta el cuello y encima una chaqueta de cuero también negra; elogió mi trabajo y me dijo que tenía excelentes planes para mí. Sobre una charola dorada dejé una invitación para que asistiera esa semana a un concierto en el Teatro Nacional. Me despedí con un montón de oficios firmados, algunos de los cuales ya estaban muy retrasados. Asistió al Teatro con la misma vestimenta, a pesar del calor que hacía, llegó en el automóvil oficial manejado por su hija y él, en el asiento de atrás. De ese día en adelante ya sólo recibí en mi despacho llamadas e instrucciones de su misteriosa secretaria privada. El colmo de mi paciencia y mi tolerancia fue cuando la voz misteriosa me citó en las playas de Puntarenas donde el embajador quería verme. Era el principal puerto marítimo del Pacífico, al oeste de Costa Rica, capital de la provincia de Puntarenas, en la costa oriental del golfo de Nicoya, de unos cien mil habitantes y a una distancia de San José de 80 kilómetros.

La cita era a las diez de la mañana, así es que tomé la carretera desde muy temprano y me hospedé en el hotel que me dijeron. Estaba yo en la sala de espera a las diez en punto, pasaron las once, pasaron las doce y por fin apareció una figura delgada, no sabría decir si era agraciada, pero sí sería, era la secretaria, me dijo que lo sentía mucho, que lamentaba que no había bajado el embajador, que almorzara tranquilo y que a las cinco me vería en la playa, mi frustración era evidente y tuve que esperar. A las cinco estaba yo en la playa con algunos papeles en la mano, la arena era casi negra y ardiente, en eso se me acercó la secretaria y me dijo volteando la vista hacia la lejanía de la playa, allá está el embajador alcáncelo, vestía un traje de baño largo y unos lentes oscuros, parecía un ganster. Yo llevaba una guayabera blanca bordada, chancletas de playa y un canzoncillo blanco también. Por fin hablé con él y otra vez los elogios, me dijo que guardara los papeles y me contó cómo fue que había sido designado en esa misión, casi contra su voluntad y para no contradecir a su compadre, el Presidente, me instruyó para que yo me hiciera cargo de la embajada y que me regresara a San José inmediatamente. Eso fue todo, pero lo noté un poco paranoico.

De regreso a San José se me pinchó una llanta y casi me mato en la carretera, entonces el paranoico fui yo, pensé que el embajador había mandado maniobrar la llanta.

Al día siguiente vendí el auto, escribí un informe confidencial a la Cancillería Mexicana, le dejé el departamento a mi hermana Martha, que vivía conmigo, y me marché a España, abandonando la embajada. Mis jefes superiores en México se molestaron mucho, pero en el fondo me dieron la razón, estaba yo trabajando con un loco.

De Madrid viajé a Talavera de la Reina, para ver a mi hijo y a mi esposa que estaban pasando una temporada en la casa de los padres de ella y los abuelos disfrutaban plenamente a su hija y al hermoso nietecito. Reporté a la Cancillería Mexicana mi presencia en esa ciudad y diecinueve días después recibí una orden para trasladarme a la República de Honduras, donde quedé acreditado en la embajada de México en ese país, al que llegué entusiasmado y acompañado de mi familia.

No recuerdo en qué fecha me llegaron noticias del nacimiento de mi hija Camila, hija de un gran amor que tuve en Costa Rica. Ahora se con precisión que su nacimiento fue el 30 de enero de 1977. Me alegré mucho saberlo y un día, siendo ella adolescente, la invité a México donde convivimos un tiempo.



Camila con su Papá Francisco Azuela, en su casa en León, Gto. México

A hora Camila vive en San José, Costa Rica, felizmente casada con su esposo Aldo Madrigal y me han dado dos hermosos nietos, Sebastián y Camilo Madrigal Carrasco.



Camilito.